

# LA SEMANA.

PERIODICO POLITICO Y LITERARIO,

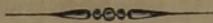
*Escrito por el Sr. D. José MÁRMOL, y publicado por la imprenta URUGUAYANA.*

UM. 12.

MONTEVIDEO

JULIO 7 DE 1851.

## PARTE POLITICA.



### SESION DEL SENADO BRASILEIRO.

#### EL SEÑOR PAULINO.

La sesion del 24 de Mayo en la Cámara de Senadores en el Janeiro, ha despojado á los partidarios de Rosas de la única esperanza que les quedaba de salvarse de ese nuevo y poderoso elemento que se ha creado contra el dictador, en la posicion militar que ha tomado el Imperio: aquella esperanza se fundaba en la oposicion que encontraría el ministerio en las Cámaras brasileras.— En una u otra, sin embargo, el ministerio ha triunfado sin batalla, porque la opinion, tanto en la Cámara de Representantes como en la del Senado, ha sido casi uniforme en sentido de la política del ministerio, en lo que hace relacion con los Estados del Plata. Y

este hecho raro en la asamblea brasilerá, hace un alto honor á los nobles diputados, por cuanto esta vez solo han tenido en vista el honor y los intereses nacionales.

Para muchos ha sido siempre difícil el poder esplicarse, como un Estado con los recursos del Imperio, y con los hombres de talento que poseé tan eminentes en todo sentido, se mantenía en esas situaciones medias, en esa política de contemporalizacion con todos, en esta grave Cuestion del Rio de la Plata que afectaba tanto la paz futura del Imperio, como al mismo tiempo ciertos de sus derechos permanentes, y todo esto además, cuando sus propios intereses pre-

sentés se hallaban comprometidos en la Cuestión.

No de otro modo que por la inestabilidad de las personas en el gobierno de S. M., y por la falta consiguiente de solidaridad política entre los ministerios que se sucedían con tanta rapidéz, podíase, sin embargo, encontrar la solución de aquel problema político.

Y ha sido así en efecto.

Pero el día en que el ministerio conquistó una posición bien basada, empezó á definirse en él la política para con el Río de la Plata, reclamada en tantos años por conveniencias de intereses bien esplicitos en el Imperio.

Su Majestad tuvo la acertada idea de llamar al Señor Paulino al Ministerio de Negocios Estranjeros. Y este llamamiento fué, en efecto, una inspiración de Dios en la cabeza del monarca, pues que bien pronto sintiéronse los efectos de dos grandes cuestiones á las que solo un hombre de la altura del Señor Paulino podría atender con la ilustración, la dignidad y el coraje que correspondían al rico Imperio de la América:—La cuestión con la Inglaterra—la cuestión con el Gobernador Rosas.

Diversas esas dos cuestiones en su naturaleza, pero igualmente graves é importantes en sus fines, el Señor Paulino tuvo el talento de comprenderlas en toda su extensión y de arribar en ellas á las conclusiones más convenientes y dignas á que se podía aspirar:—contuvo las demasías del gobierno Británico, sin arribar al tristísimo estrepido de una guerra que todos presajaban; determinó y fijó los derechos del Imperio, y el espíritu de las estipulaciones pactadas con la Inglaterra desde el tiempo de los arreglos con la corona portuguesa sobre lo que ahora motivaba las nuevas esijencias de la Inglaterra, y concluyó por arri-

bar á un acomodamiento de gabinete con la justicia y dignidad que correspondían al Imperio.

Y en cuanto á la cuestión con Rosas, cuya política fué comprendida desde temprano por el hábil ministro, todos conocemos en los documentos publicados, el modo decoroso con que supo negarse á la esijencia del dictador, de que el gobierno de S. M. reconociese competencia legal en la Legación Argentina para representar el poder de hecho de D. Manuel Oribe, y para hacer por consiguiente reclamos y amenazas á su nombre:—punto principal que trajo las notas cambiadas entre el Señor Paulino y el General Guido, en Agosto y Setiembre del año anterior, y que precedió á la ruptura de las relaciones diplomáticas entre los dos gobiernos, y al retiro de la Legación Argentina.

La perturbación de la paz—los grandes gastos ocasionados por la guerra, ó por una actitud bélica para evitarla en adelante, fueron siempre argumentos de que se valieron, ó los amigos de Rosas, ó los hombres tímidos del Imperio, para sostener una política de inacción, buena solo para hacer más terrible la perturbación de esa paz en lo futuro, y más alto el número de millones que tendría el Estado que emplear alguna vez para la defensa de sus intereses más caros.

Hé aquí como desvanece esas neblinas de la mala fé, ó de la imaginación enferma, la lójica brillante del Señor Paulino, en la sesión de 24 de Mayo.

“Se ha deplorado el dinero gastado en armamentos, se ha censurado al gobierno porque se prepara reforzando el ejército en la provincia del Río Grande del Sud, y nuestra escuadra en el Río de la Plata. Señores, en el estado en que están los negocios allí, sin una solución por ahora cono-

da, pide la prudencia que cuando se aproxima el desenlace de las Cuestiones del Rio de la Plata, nos pongamos en posicion tal que podamos celar nuestros intereses y nuestra seguridad futura, y tomar en soluciones que de tan cerca nos interesan la parte que nos compete (muchos apoyados). El estado de la provincia de Rio Grande del Sud tiene grande influencia: si estuviere débil y desgarnecida ningun caso harfan de nosotros (apoyados).

“No tenemos miras ambiciosas, lo que buscamos es que los negocios del Rio de la Plata se arreglen de modo que tengamos seguridades para lo futuro. No es posible que estén constantemente repitiéndose los sacrificios que ha hecho el Imperio con la provincia de Rio Grande del Sud. No es posible estar siempre con el arma al hombro y preparado, es preciso procurar alguna solucion que nos dé seguridades y garantías para en adelante, á fin de que desembarazados podamos cuidar y aplicar nuestros recursos á las mejoras internas que el pais reclama. Pero en el estado en que los negocios se encuentran, es necesario que estemos preparados para cualquier eventualidad. Cuanto mas preparados estuviéramos, mas favorable será (apoyados). No es de un dia á otro que podríamos prepararnos.

“Por ventura ¿se forman de improviso batallones y un ejército? Se forma de improviso una escuadra por pequeña que sea? El que quiera tener estos objetos debe atender á ellos con tiempo. Creo que proceder así es proceder con verdadera economía (apoyados). Suponemos que por espíritu de economía no nos pongamos en el pié que conviene y que se hacia indeclinable una guerra; tendríamos que prepararnos entonces á la lijera, mal y con doble gasto (apoyados).”

En efecto, si ante el exámen de la políti-

ca jeneral de Rosas, se caía de su propio peso la consecuencia de una guerra con el Imperio, mas ó menos tarde, después del retiro de la Legacion Argentina y de las causas inmediatas que lo orijinaron, esa consecuencia es mas precisa y mas lójica; y en este caso el gobierno Imperial habría caído en una aberracion inesplicable si hubiese querido esperar el rompimiento de la guerra para prepararse á ella.

El Imperio no lleva la guerra á la República Argentina, pero se prepara á la que pretenderá llevar al Imperio el dictador de Buenos Ayres, cuando las tropas imperiales entren al territorio Oriental á reconquistar con las armas los derechos de los súbditos brasileros violados en él por el poder de hecho que lo domina, con independencia de Rosas, segun las declaraciones del jefe militar de ese poder de hecho, que ha resistido tenazmente á conceder á la razon aquello que ahora concederá á la fuerza.

Si las máscaras se arrojan y queda desnuda la verdad de la dominacion de Rosas en este Estado, y ese Gobernador de Buenos Ayres toma por su cuenta la guerra que se trae á D. Manuel Oribe, entonces el Brasil se encontrará en guerra con Buenos Ayres, y su gobierno habrá hecho perfectamente en preparar su ejército y su escuadra sobre la presuncion de una guerra con Rosas.

Guerra defensiva en su naturaleza y en sus fines, porque ella conduce á asegurar la paz y derechos del Imperio, cuyo peligro no es una quimera de partido, sino una racional consecuencia de la política de Rosas; peligros bien determinados por el Señor Paulino:

“Supóngase, dice en la Sesión del 24, que el gobernador de Buenos Ayres se apoderaba del Estado Oriental; supongase que se apoderaba del Paraguay; la Confedera-

cion Argentina, á pesar del estado de debilidad en que la juzga el noble Senador, puede poner en pié un ejército de 20, á 30,000 hombres.

“Puede sacar principalmente de las provincias de Buenos Ayres, Córdoba, Corrientes y Entre-Ríos, y principalmente de ahí de 20 á 30,000 hombres y una excelente caballería de la Provincia de Entre-Ríos que no tiene superior. Apoderándose también del Paraguay, podría sacar de allí unos 20,000 buenos soldados, robustos, obedientes y sóbrios. Esto en países acostumbrados á la guerra, que no tienen los hábitos industriales y pacíficos que nosotros tenemos. Absorvidas las Repúblicas del Uruguay y del Paraguay, que cubren nuestras fronteras, en la Confederación Argentina, quedarían abiertas nuestras provincias de Matogroso, San Pablo y Rio Grande del Sud. ¿Y estaríamos de ese modo muy seguros? ¿Y quién nos dice que no se nos vendría entonces á exigir la ejecución del tratado de 1777? Ese tratado caducó, quedó nulo con la guerra que estalló en 1801 entre España y Portugal, por que es un principio de derecho público y de jentes que una guerra superviniente entre dos Estados anula los tratados existentes entre ellos que aun no fueron ejecutados. Esa es la base principal de todo nuestro derecho político por lo que respecta á cuestiones de fronteras. El gobernador de Buenos Ayres no lo entiende así; y ese tratado nulo y caducos nos arrancarían una estensa é importantísima parte de la provincia del Rio Grande del Sud, que siempre hemos poseído y de la cual actualmente estamos en posesión. Por él perderíamos una parte importante de la provincia de Matogroso, que comprende su capital, quedando la provincia y la navegación de sus ríos completamente abierta. ¿Dejaríamos nosotros, se dejarían las po-

blaciones de esas provincias, dilucidadas las cuestiones de límites, separar para pertenecer á una nación con orijen, lengua y costumbres enteramente diversos? Sembradas cuestiones de límites que todavía están resueltas, ¿no harían inevitable una guerra, con un vecino que absorbiendo nacionalidades que hemos reconocido haber aumentado extraordinariamente su poder y adquirido proporciones gigantescas?”

Quando esa guerra tenga lugar, Rosas ha de alzar la voz y ha de gritar como es su costumbre contra las miras de conquista de los brasileros; ni mas ni menos que lo que ha gritado ese cómico fanfarron contra la Inglaterra y contra la Francia, que no han conquistado, sin embargo, un palmo de terreno en la República. Pero aun para ese caso el ministro Imperial se ha anticipado á responder á Rosas.

“Nunca tuvimos, dice, miras ambiciosas. Contentámonos con la inmensidad de nuestro territorio, con los recursos y riquezas naturales que Dios le dió, que solo esperan la acción de la industria para hacer nuestra felicidad. No tenemos la ambición de conquista, y de adquisiciones territoriales, ni podemos tenerlas. Pero sí no pretendemos engrandecernos á costa de otras nacionalidades, no debemos querer que á costa de esas, otras que hasta ahora han mostrado para con nosotros miras y disposiciones poco pacíficas, se engrandezcan y se habiliten para incomodarnos seriamente en lo futuro.”

Así, determinada la situación por el Señor Paulino, con la mayoría en las cámaras, y con el ejército y la escuadra en pié de guerra, el uno sobre la frontera, la otra en el Plata, el gobierno de S. M. tiene hoy, mas que la probabilidad, tiene la certidumbre de poder dentro de poco tiempo asegurar la paz futura de la nación, conteniendo pa-

siempre ese poder de Rosas que tanto servido para perjudicar á sus vecinos, y hoy felizmente está tan quebrantado por las nuevas resistencias que se han alzado en la República, que creemos que su ruina tal es una cosa que se encuentra ya bajo imperio del cálculo de tiempo y de circunstancias establecidas.

Es de creerse tambien que la actitud bélica del imperio pasará pronto de los preparativos á la accion; es decir, todo hace creer que antes de un mes el ejército Imperial abrirá su campaña sobre el territorio ocupado por Oribe, y es consiguiente de la escuadra de S. M. obre en combinacion de hostilidades con el ejército.

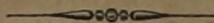
Quando ese caso llegue, trataremos de consignar en nuestro periódico la crónica de todos los antecedentes políticos que habían motivado ese grave acontecimiento en la historia de estos paises.



Hace cuatro dias que se halla en esta Capital el Doctor D. Diógenes Urquiza, hijo del Gobernador de Entre-Rios, investido en el carácter de Encargado de Negocios en esa provincia, cerca del gobierno Oriental.

Sería de desear que en las instrucciones de ese caballero, esté comprendida la ejecucion del artículo 2.º del decreto de 1.º de Mayo de 1851, en que, despues de retirar al Gobernador de Buenos Ayres la delegacion hecha en su persona para entender en los negocios exteriores, hecha por la provincia de Entre-Rios, se declaró: que ésta queda en aptitud de entenderse directamente con los demás gobiernos del mundo, hasta tanto que congregada la Asamblea Nacional de las demás provincias hermanas, sea definitivamente constituida la República.

Las aberturas de esa intelijencia con los gobiernos extranjeros, sea en la parte comercial, sea en la parte política, que daría hoy grandes ventajas á la situacion actual, pueden bien ser iniciadas por el Ajente de Entre-Rios á los representantes de las naciones amigas, que se hallan en Montevideo.



## MISCELANEA.

### EL SEÑOR ANRUMARRIETA.

#### PRIMERA VISITA.

Imposible es que Dios cuando hizo al hombre, no estuviese de malísimo humor, y de peor ganas de hacerlo; pues que nada ha salido de sus divinas manos, ni mas mal hecho, ni de condiciones mas opuestas y contradictorias.

Ah! quien fuera un ciudadano notable y no un pobre ciudadano de ningun parte como soy yo, para tener el placer de no hacer nada, el mayor de los placeres de este mundo! Me digo á veces, cuando tengo por delante de mí media resma de papel que está pidiendo á gritos el dejar de ser blanco, deseo que no es muy comun á las cosas de este color.

Ah! quien fuera abastecedor ó cosa parecida, para ser rico y tener el derecho de no recibir á nadie cuando me diese la gana, y poder solo mi alma escribir á mis anchas cuando me acosa la manía de hacerlo! me digo otras veces.

Y era ayer uno de esos dias en que mas deseo estar solo y conversar conmigo mismo, para luego conversar con el público, que es lo mismo que no conversar con nadie, cuando unos golpecitos dados con un baston sobre la puerta, me hicieron estremecer cual si tuviese yo la nerviosa organi-

zación de D. Mannel Oribe, y los golpes sobre mi puerta combinasen los dos sonidos *Gar-zon*.

—Adelante!—dije, ya que tenía la desgracia de no poder decir; atrás! ni más, ni menos, que lo que le pasó á la Inglaterra con la Intervención francesa en 1845.

La puerta se abrió, y toda ella quedó cerrada al momento con el volumen de una cosa que me habría parecido una montaña, á no tener todas las apariencias de un hombre.

—Es usted el Señor. . . .?—me preguntó con el sombrero en una mano, y una carta en la otra.

—Un servidor de usted—le contesté, empuñándome cuanto pude para alcanzar al pecho de ese hombre, al parecer nacido de varias madres, pues que una sola era poca para semejante vástago.

—Tengo el honor—continuó—de presentar á usted esta carta que traigo de Madrid.

—Tenga usted á bien tomar asiento—le dije, tomando la carta y presentándole la más vieja de mis sillas á fin de que el daño fuera menor si la quebraba.

Abrí la carta y leí en ella lo siguiente:

“Madrid 22 de Enero de 1851.

“Mi querido amigo; el portador de ésta es el Señor D. Francisco Anrumarrieta, persona de gran capacidad, y que pasa á esa con el objeto de hacer algunos estudios políticos sobre las diversas cuestiones que allí se tratan. Yo me hago un deber en recomendarlo á usted como á persona competente para darle los informes que él necesita acaso para el objeto que lo lleva; y sin más, me repito como siempre affmo. amigo Q. B. S. M.

“Alejandro.”

—Ah! Yo seré muy feliz, Señor mío, puedo ser á usted útil en alguna cosa—dijo al recomendado de mi amigo, á quien los secretos de mi pensamiento lo eché todos los diablos por la maldita ocurrencia de recomendarme un hombre que traía por objeto de viaje el peor de cuantos son posibles concebirse en humana cabeza.

—Doy á usted las gracias—me respondió.

—Usted viene á hacer estudios políticos.

—Justamente. En España se conocen muy poco los progresos de sus antiguas Indias, y pienso hacer un prolijo estudio sobre su estado actual, en política especialmente, comenzando por esta rejion meridional. Quiero además respirar un poco de aire de la libertad americana; por que he de saber usted que yo soy de Bilbao.

—Ya, ya, por el apellido me lo imaginaba.

—De una tierra cuyos derechos han sido siempre sagrados, jamás ultrajados por nadie, y yo amo la libertad como todos mis compatriotas.

—Ah! y viene usted al Rio de la Plata á gozar un poco de nuestra libertad y nuestros derechos, no es eso?

—Exactamente.

—(Ya verás lo que te pasa)—dije entre mí—¿Y á hacer estudios políticos?

—Esa es mi idea.

—Alabado sea Dios!

—Decía usted?

—Decía que es un estudio muy complicado.

—Sobre todo, las cuestiones internacionales son mi fuerte; y segun tengo entendido, son las que sobran por estos países.

—Ah! si Señor, sobran.

—Y complicadas! eh?

—Complicadísimas. Que! vea usted, á veces ni entenderlas podemos.

—Superior!

—Como?

—Que así podré tener la gloria de encontrar dificultades y poder explicarlas.

—Oh! nos haría usted un grandísimo servicio.

—Que no me costará mucho, sin vanidad; he hecho largos estudios en Europa sobre estas materias.

—Sobre las del Río de la Plata?

—No, Señor; sobre las de Europa; pero los principios son universales, ¿no digo bien?

—Ya, sí, Señor, pero nosotros no hacemos parte del Universo.

—Qué dice usted, hombre de Dios?

—Nada, Señor, es una figura.

—Ah! una figura.

—Pues.

—Y mire usted—continuó el bilbaino—estoy tan habituado á estos asuntos que apesar de hacer apenas quince días que estoy en Montevideo, ya creo conocer algo de todo lo que pasa en política, en política internacional bien entendido.

—Es posible?

—Toma! reduciendo á sus términos simples, ó á los principios jenerales, como se dice, en el Río de la Plata existe una intervencion de la Francia.

—Eso mismo me digo yo algunas veces; pero es admirable como en tan poco tiempo ha podido usted comprenderlo.

—Me ha costado trabajo, pero al fin he sacado en limpio que aquí existe una intervencion francesa en favor del gobierno de Buenos Ayres.

—No, hombre, por amor de Dios! se ha equivocado usted, la intervencion, si existe, es en favor del gobierno de Montevideo.

—Sí! á mí con esas! Al español, mi amigo, pan, pan, vino, vino.

—Jesus, Señor, si usted está en error. Si usted no sabe la historia de. . . .

—Sí, historias! Qué me vengan á mí con historias! Yo he de decir la verdad. Sí, Señor, la verdad; por que soi de Bilbao, entiende usted?

—Sí, Señor, entiendo. ¡Santa Bárbara bendita—dije entre mí, este hombre está de atarlo, y si le contradigo me revienta sin poder evitarlo.—Pues, Señor, yo le decía á

usted,—continuó con el tono mas amable del mundo.

—Me decía usted lo que no es cierto, por que yo sé muy bien lo que me digo, y yo ya he visto, ya he estudiado, ¿entiende usted?

—Sí, Señor, pues no he de entender. Pero si usted quisiera tomarse el trabajo de leer todos estos documentos. . . .—le dije, señalándole un legajo de impresos y manuscritos.

—Con mucho gusto. Superior! Documentos es lo que yo busco.

—Pues! Y á fé que no son pocos los que le ofrezco á usted.

—No importa. Me los devoro en diez ó doce noches.

—Algo mas.

—No importa.

—Se los mandaré á usted á su casa.

—Qué! Yo me los llevo. Yo soy republicano de conciencia, y á fé que usted será lo mismo ¿no es verdad?

—Yo? Toma! Pues no he de serlo, la República es lo que hay.

—Sobre todo, para la libertad.

—Eso es, para libertad no hay cosa como la República; y si no lo creen en Europa, aquí estamos nosotros para atestiguarlo.

—Lo mismo digo yo. Y verá usted cuando se ratifiquen las convenciones y entre el jeneral Oribe, si hay en el mundo países mas felices que los del Río de la Plata. Por que yo no tengo pelos en la lengua, y ha de saber usted que yo soy oribista.

—Hombre, cuanto me alegro, al cabo he encontrado un hombre que tenga mi misma franqueza y mis mismas opiniones.

—Como, usted es oribista, Señor redactor?

—Sí, Señor, pero no lo repita usted. Esto es para entre los dos, para que nos entendamos mejor en adelante.

—Vaya! vaya! no podía tener un hallazgo mejor. Y ahora que estamos de acuerdo en opiniones, dígame usted compañero ¿no encuentra usted que estos brasileiros. . . .

—Qué! Ya sé lo que me vá usted á decir.

—Entonces usted cree?

—Yo creo que el titulado Emperador está perdido.

—Sí, pero el ejército no es titulado.

—Es cierto. Pero hay toda probabilidad de que el ejército se pase al Presidente.

—Bien, bien ¿por el principio republicano, no es eso?

—Por supuesto ¿Qué diablo de libertad cree usted que haya en una monarquía?

—Ahora comprendo: todas las Indias quieren libertad—esclamó el bilbaino—el ejército Imperial se pasa al Presidente, el Presidente se pasa á Rosas, Rosas se pasa á la libertad y asunto concluido.

—Esa es la cosa.

—Pero dígame usted ¿y la escuadra?

—Bah! la escuadra!

—Qué bah! ni que bah! ha entrado al Uruguay.

—Sí, pero el Presidente le mando decir que no entrara.

—Pero entró.

—Sí, pero el Presidente protestó.

—Pero pasó adelante.

—Sí, pero se ha dado por nula la pasada.

—Como por nula?

—Sí, hombre: titulada pasada, del titulado vapor *Don Alfonzo* ¿entiende usted? Es preciso que usted se vaya habituando á nuestro lenguaje, por que sepa usted que cada palabra de él, es una parte integrante de nuestro sistema político.

—Ah! bien, bien!

—Pasó y no pasó; és y no és ¿entiende usted?

—Toma! Si eso es lo que se llama sutileza de ingenio, y para esto, mi amigo americano, los españoles y nadie mas que los españoles.

—De suerte que, quedamos convenidos: usted me explicará lo que es la intervencion, y yo le explicaré á usted nuestros asuntos de tierra ¿no es eso?

—Exactamente; y cada semana tendremos una conferencia para instruirnos mutuamente.

—Superior!—dije yo para mi mismo: me hago blanquillo que es lo mismo que no hacerse nada, me divierto y acabo de enloquecer á mi bilbaino. Superior!

—Con que entonces, una vez por semana?—continué.

—Eso es; en los dias intermedios estudio la cuestion internacional, y tendremos conclusiones cada jueves, ó cada viernes.

—Convenido.

—Quiero al mismo tiempo que me enseñe usted la línea de fortificaciones, porque yo tengo tambien un poco de ingeniero; quiero estudiar todo.

—Escelente idea.

—Y sobre todo, quiero una cosa.

—Veamos.

—Que me explique usted de que modo estableceríamos una línea de comunicacion con el *Cerrito*, para poder adquirir algunos informes necesarios á los estudios que me propongo hacer.

—Ah, mi querido Señor Anrumarrieta, eso lo saben hasta los niños de nuestro partido! Aquí no se pestañea sin que lo sepa el presidente.

—Bravo! y aquí se sabe lo mismo de cuanto pasa allá ¿no es así?

—No, Señor, no es así. Nuestros enemigos de aquí adentro no saben siquiera á punto fijo si nuestro presidente vive ó muere, si ha salido á campaña ó si está en su casa.

¡Si viera usted los chascos que se llevan!

—Superior! quiere decir entonces que...

—Que nos verémos la semana que viene, ¿no es así?

—Justamente: hasta la semana que viene, pues.

—Muy buen dia, amigo mio; tiene usted esta casa á su disposicion, con franqueza, á todas horas, ni mas ni menos que si mi casa fuera Montevideo, y usted fuese carta del campo de nuestro presidente.

—Lo mismo digo á usted, Señor redactor: yo vivo en la fonda del vapor; usted puede ir á allá y estarse en mi cuarto todo el tiempo que quiera, como si mi cuarto fuese la *Constitution*, y usted fuese un agente de Rosas.

—Mil gracias, mil gracias, mañana he de ir allá, como dice el presidente todas las mañanas al mirar á Montevideo.

—Yo espero á usted como dicen nuestros amigos de aquí á los de allá. . . .

Y mi recomendado se me escapó, apesar de todo su volumen, con tanta presteza como si fuera hijo de la intervencion británica, despues de haberme hecho decir tanta herejía política como si yo hiciera parte de la intervencion francesa.

